

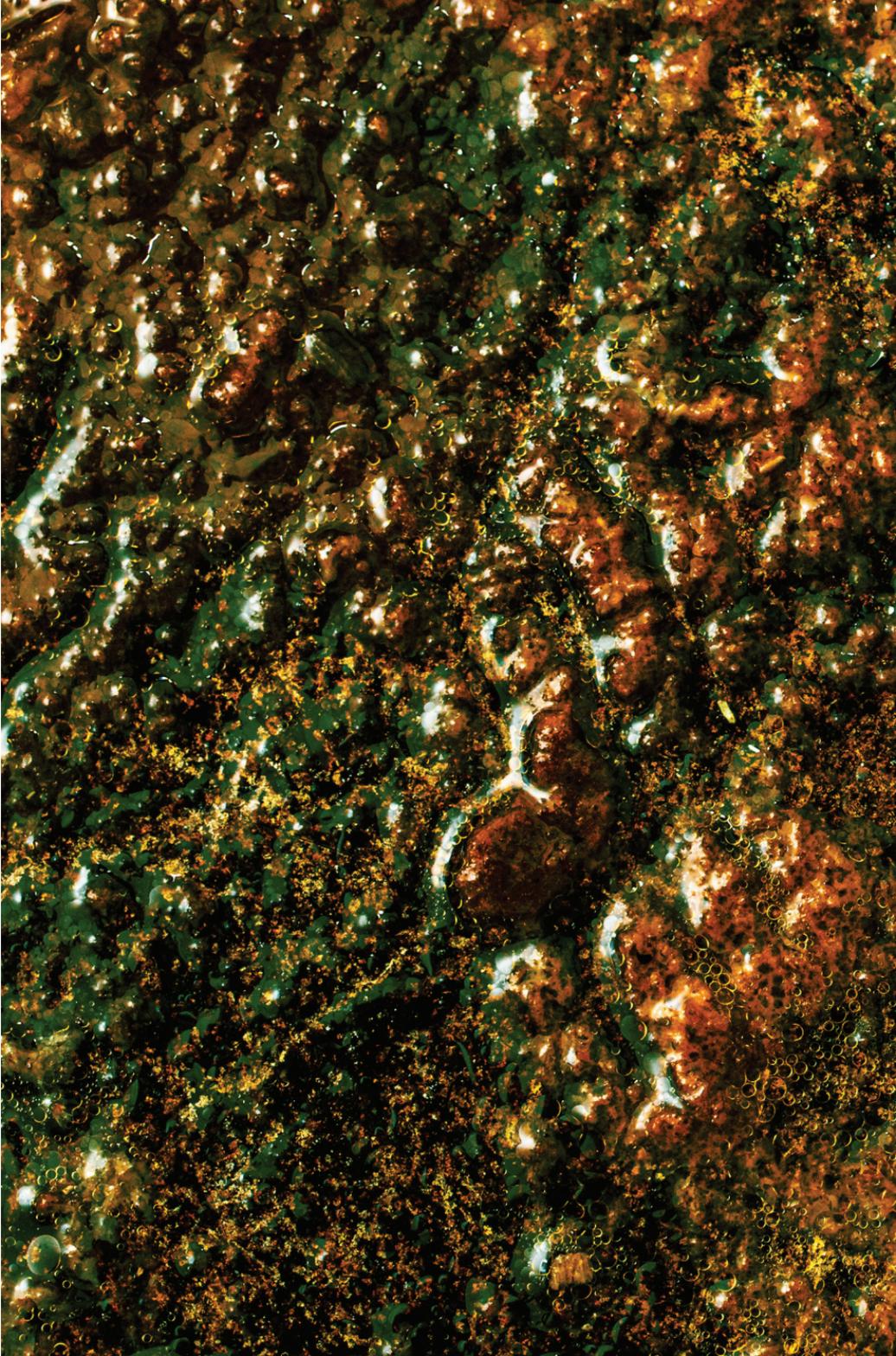
NANA

NA

RA

UNA ANTOLOGÍA × ×
× × × CON TEXTOS DE:
ARMÓNICA × ITZEL AVILES
GARCÍA × IKER COMPEÁN
LEROUX × STEFANY GG
× MARCOS A. MEDRANO
× ANDREA ORTIZ MO-
RALES × VICENTE SAN-
TANA × EHJ SANTILO ×
× × EDITADA POR AURA
PENÉLOPE CORDOVA × ×

ESCRITORES QUE NADIE LEE





**ESCRITORES
QUE NADIE LEE**

"ÑÑÑARA"

Antología del círculo de escritura de
Escritores que nadie lee © 2022
Primera edición.

Este es un material de distribución gratuita. Los derechos de los textos aquí incluidos pertenecen exclusivamente a sus autores. Esta publicación puede ser reproducida, transmitida, descargada, prestada, almacenada y regalada.

Edición Penélope Córdova
Maquetación y portada

CODEX+

PRESENTACIÓN

Esta antología, la tercera de Escritores que nadie lee, es una celebración a todos los escritores que cayeron, por casualidad o por la publicidad de las redes sociales, en este taller virtual que ocurre todos los jueves de 7 a 9 de la noche. A lo largo de estos más de dos años, hemos visto crecer al hijo de una de nosotros, la hemos felicitado por su segunda bebé, otro publicó su primer libro de cuentos y ganó su primer concurso, uno más empezó un proyecto de novela cuyos capítulos leemos semana a semana, y otra más se fue a Perú después de terminar un curso de teatro musical. Nos hemos leído más de lo que nos hemos visto en carne y hueso. Nos conocemos más de lo que conocemos a otras personas que vemos con frecuencia. Hay escritores que no estaban en la primera antología, y otros que sí; hay escritores de clóset y otros que están iniciando una carrera; hay escritores de narrativa, de poesía, de ensayo y de cine. Todos ellos me hacen sentir orgullosa.

En un inicio, se me ocurrió que el tema de esta antología podía ser un ensayo personal, una autoficción (o ensayo ficción) o alguna escritura capaz de incomodar a los autores de los textos, sacarlos de su zona cómoda, donde se mueven a gusto porque conocen su mapa a la perfección, o más o menos. Pero la escritura tiene su propio camino y la mayoría de las veces tiende a desviarse del plan inicial,

lo que siempre me ha parecido más que deseable, incluso natural. Una noche hicimos un ejercicio que debía contener tres palabras. De esas tres palabras salieron textos que, coincidentemente, parecían desembocar en la misma sensación o sus derivados: el asco. Y como lo que queríamos era incomodar, decidimos (sí, esta vez entre todos) que los textos tendrían que causar ese efecto en el lector. Los cuentos y el ensayo que incluye esta antología pretenden (y logran, a mi juicio) causar arcadas, náusea y risa mediante lo sórdido; incluyen palabras que el lector prefeiría no decir en voz alta y construyen imágenes que sonrojarían a nuestras madres.

Hace mucho tiempo yo también pensaba que la escritura debía padecerse. Que siempre tenía que mostrar personajes entrañables. Que debíamos enamorarnos de un libro o de un relato. Pero no. No siempre. Creo que tiene que incomodar, que tiene la capacidad (mas no la obligación) de explicar la vida, que tiene el poder de interpretar y construir el mundo. Que puede dar asco y que tenemos permiso de odiar una historia aunque la amemos. Estos cuentos, sin embargo, no son odiosos, tan sólo son sórdidos. Están escritos para provocar muecas. Espero que los disfrutes.

~ Penélope Córdova





ARMÓNICA

Mónica Lizeth Martínez Galván, CDMX 1979, estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación (UNAM) y Arte Dramático (EsArt). Se mudó a Zacatlán para dedicarse al cuidado de sus dos hijos y tener una mejor calidad de vida. Diez años después de su autoexilio, su corazón atolondrado se cansó de esperar y se levantó con sus mejores armas, la imaginación y la escritura. Actualmente trabaja en Difusión Cultural para el Municipio de Guadalupe Victoria, sueña con publicar su primer libro de cuentos y pisar un teatro profesional.



SIEMPRE EN DOMINGO

La muerte de tía Anabel lo jodió todo. Fue algo así como asistir a la Gomiza que intenté evitar los últimos cinco años, pero esta vez mamá fue contundente, si no la acompañaba a enterrar a su única hermana, me olvidaría de ella y hasta ahí todo bien, puedo vivir sin ellos y lo hago de maravilla, lo que no estaba dispuesta a perder era el fuertepiano de la bisabuela Olga, de la que heredé el nombre y el buen gusto. Por suerte, la bis murió como ella quería, antes de que la primera cana ensombreciera su larga cabellera negra y mucho antes de ver con quiénes fueron a parar sus nietas.

Yo intento enderezar el árbol familiar, soy concertista de piano y conservo el apellido ruso de la bis, porque siendo sincera, quién apostaría por Olga Gómez, por eso soy Olga Novikova, aunque haga emputar a mi padre, un artista frustrado que por cada rasgueo de guitarra, expulsa por la garganta un bien entonado gargajo verdiblanco directo al piso café de melamina del siempre viejo departamento de la colonia Portales.

Apenas aterricé, prendí el celular personal y había 208 mensajes de un grupito de Whats con la foto de la tía en los setentas, bikini de franjas rojas, hecho a medida para ella, y mis tres primas. Mi tío Chema y Chemita no se libraron de la seudo diseñadora de modas y les cosió dos bikinis al puro estilo de Mauricio Garcés, pero en las

tallas equivocadas, así que ahí tienen a mi tío y mi primo acomodándose el pito cada que salían del mar. Primero el pito, y luego enjugarse los mocos, en ese riguroso orden, que porque el agua de sal y sus propiedades asépticas. Ah, porque mi tío Chema es de esos hombres sabelotodo a quienes la vida no les dio oportunidad de nada, y por eso aprovecha los calores para vender cosas frías, y los fríos para vender cosas calientes. Con Chemita como paramédico, dos primas estilistas y una maestra de kínder, la situación mejoró, hasta que tía Anabel enfermó de diabetes y se jodió todo, *once again*.

El chat era para compartir fotos, pésames, cadenas de oraciones, anécdotas y detalles del funeral con un número de cuenta para la aportación voluntaria en razón de lo que tía Anabel significó en vida. Luego un mensaje privado de mamá pidiéndome fuera generosa porque mi tía fue quien la convenció de pagarme la escuela de música, seguía muy de cerca mi carrera y me consideraba el orgullo de la familia. *Touché*. Sí, la tía Anabel era brillante, pero tomó siempre malas decisiones, como la de comprar dos camionetas de medio pelo, la Willis y la Muertera, para irnos de vacaciones a Acapulco.

Nos fuimos hasta con el perro, un pastor alemán de dos años que papá le regaló a mamá cuando perdieron el tercer bebé y dejaron de intentarlo. La pugna por el nombre fue entre papá y yo, él quería Pancho por su trío favorito, y yo Beethoven por obvias razones. Gané el piedra, papel o tijeras y de todas formas se le quedó Beto porque, según papá, le daba mayor carácter. Beto y yo lo compartimos todo de inmediato, la cama, el baño y los premios por portarnos bien, sólo nos faltaba un viaje juntos, y la Muertera estaba ahí justo para nosotros dos. Papá le hizo algunos cambios, aprovechó el azul marino de su tapicería para pintarla de blanco, pero conservó las cortinas para que a Beto y a mí nos diera sombrita durante el camino.

Paramos en Iguala a comer, según la idea de tía Anabel de hacer un picnic a mitad de camino. En ese tiempo, tío Chema era repartidor de carnes frías y se hizo de jamón, queso y salchichas con un mes de

anticipación. Mamá era la mayor y a la que, según la bis, la vida le sonrió porque nació bonita, de pura sangre rusa. En cambio la tía Anabel era la mestiza, de cariño le decía mi bella “popcorn”, algo similar a ser una naca en ruso, creo que por eso mamá siempre le secundó las ideas de poca clase a mi tía, sentía que le había robado toda posibilidad de conseguir una mejor vida y, aunque papá no era un magnate, bien pudimos comer en un restaurante decente y evitar aquel desastre.

Tío Chema se cagó del susto cuando encontró muerta a tía Anabel en el umbral de la puerta. Eso me contó Chemita en otro grupo de Whats, titulado en mayúsculas PRIMIS, como para que no se me olvide que llevo la misma sangre, que para el caso soy la única prima que tiene y bien pudo mandarme un mensaje directo, pero así es Chemita y acaba de perder a su madre...

El caso es que su papá habló con ella diez minutos antes para avisarle que estuviera al pendiente de la puerta porque la barbacoa le había causado un severo cuadro gastrointestinal. Leer eso me provocó cierta ternura porque mi primo echaba mano de sus conocimientos médicos para darle dignidad al último momento en que sus padres tuvieron contacto, cuando la realidad es que mi tío Chema le habló a tía Anabel para avisarle que abriera la puerta porque se iba cagando.

Sí, mi tío la cagó de principio a fin. *Merde.*

En Lomas de Tecamac no hay agua los domingos y mi tía decidió morir en uno. Ahora que lo pienso, tal parece que a tía Anabel le gustaban los domingos para los grandes eventos, no sólo salió con su domingo siete con las gemelas estilistas, también se casó un domingo de Pentecostés y partimos un domingo 12 de diciembre a Acaapulco para pasar la Navidad y el Año Nuevo en una casa prestada con vista al mar del compadre del padrino del tío Chema, toda vez que alimentáramos a los ocho perros y a la guacamaya.

A veces pienso que de no ser por las tortas de queso de puerco, la intoxicación de mi madre con los ostiones, las hemorroides de mi papá y las ganas de coger de Beto, todo hubiera salido a pedir de boca.

El gusto por el picnic en Iguala no duró ni media hora, era un calor semejante al que sentí en Dubai en el 2019, en mi último concierto privado antes de pandemia. Los adultos comieron tortas de sardina y los niños, unas tortas recatadas de queso de puerco y nuestra Bonafina. Beto bebió agua hasta saciarse y quedarse dormido entre jadeos. Ya de regreso al auto, papá preparó su casete pirata de Agustín Lara y Juan Gabriel cuando vio por el retrovisor cómo salía fuego del cofre de la Willis, y en segundos tuve ante mis ojos la escena mejor musicalizada hasta entonces: mamá pidiendo auxilio, Beto mordiendo las chanclas de quienes intentaban sofocar el fuego a cubetadas, mis primos abrazados a tía Anabel, y papá y tío Chema sacando las maletas de la camioneta, mientras el Divo de Juárez entonaba voy por la calle de la mano platicando con mi amor, y voy recordando cosas serias que me pueden suceder...

De cuatro, pasamos a diez personas en la Muertera, maletas al toledo y niños a la cajuela. Chemita empezó a quejarse a la hora de camino, decía que se le había bajado el azúcar, como buen alumno del tío Chema. Yo lo vi palidecer de menos a más, justo cuando una de las gemelas se pedorreó cual percusiones y uno que otro instrumento de viento, sutil, marca Capistrano, que ni tiempo de disculpa, porque la familia pedorra pero educada, cuando Chemita expulsó sus tres tortas de queso de puerco aderezadas con Bonafina, el olor agrio y podrido me provocó una arcada, dos y tres hasta que no pude contener la guácara ni las de mis primas. En segundos nadábamos en olas naranjas, calientes y espesas con pequeños trozos blanquecinos que Beto se dispuso a masticar hasta lamerse los bigotes.

Apenas recuerdo cómo resolvimos ese asunto, lo que no se me quita de la nariz es el olor a camarón seco con pizcas de huevo podrido y un toque de sal marina que se impregnó en la Muertera y duró hasta que papá decidió venderla como chatarra, cuatro años después. A ver cómo acaba la casa de los tíos, porque aunque todos

los vecinos cooperaron con una cubeta de agua, la entrada de la casa apesta y no se diga tío Chema, que hiede a mierda y se ve como una.

Papá me guiña el ojo sentado en su dona hemorroidal, acaba de terminar de tocar la guitarra, alcancé a escucharlo mientras pagaba el taxi del aeropuerto. No me quita los ojos de encima, me sonrío y señala una esquina que no alcanzo a ver entre la gente. Lo poco Gómez que llevo dentro me dice que algo quiere, no me equivoco, mamá aparece por la espalda, me quita la maleta y el abrigo beige de las manos. La noto muy delgada, ojerosa y le tiembla un ojo. Caray, es una putada hacerse vieja.

Mientras acaricia mis manos, me pide que disimule mi mal humor, solloza y me dice que ella también, que es cosa de meses. Lloro y me empuja ligeramente hacia aquella esquina a la que me abro paso tragando saliva y con un nudo en el estómago. Hay un piano, papá lo mandó traer del bar donde trabaja solo para mí. Pienso en la película donde escuché por primera vez esa canción y tía Anabel no descansó hasta conseguirme el casete de Rachmaninoff versus Tchaikovsky, fue el principio de mi nueva vida. Se lo debo a ella.

Va por ella y por el fuertepiano de la bis, al fin y al cabo la familia no es tan cutre como parece.

De los ostiones, las hemorroides y las ganas de coger de Beto se los cuento en otra historia, una vez que tenga el fuertepiano en la salita de estar de mi casa de descanso en Beverly Hills.

- x -

ITZEL AVILÉS GARCÍA

Ciudad de México, 1998. Es diseñadora gráfica, poeta closetera y estudiante de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

ROSA, NO ME ALCANZA

Muchas personas nos tratan como el papá de Matilda a ella: “Yo soy grande, tú pequeña. Yo estoy bien, tú estás mal. Yo soy listo, tú tonta.” Así es mi maestra Rosa, la señora que a la hora del desayuno nos da permiso y papel cuando queremos ir al baño. Yo me levanto de mi silla y voy a preguntarle si puedo ir. Ella dice: ¿Vas a hacer pipí o popó? Yo le digo que de las dos cosas y me da cinco cuadritos. “Dos para la pipí y tres para la popó, hay que ahorrar papel”. Luego entro al baño, frente de la taza pongo el banquito, subo y me siento.

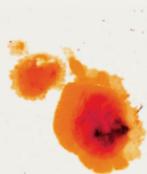
Mi mamá dice que no puje, que me hace daño y mi maestra dice que puje para que salga rápido. Yo le hago caso a mi mamá y me quedo sentada hasta que el agua hace “¡pup!”, pero a veces se tarda, como esa vez que ya quería regresar al desayuno porque iban a dar galletas de nata y mi popó seguía pegada a mí, entonces, sacudí mis pompis de un lado a otro, hasta que casi me caigo adentro de la taza. Lo supe porque sentí el agua fría, pero alcancé a agarrar la puerta. ¡Uy! Sí me asusté. Ya mejor la tomé como a un plátano. Era un poco más grande que mi mano. Se sintió como uno gusanote y lo presioné, primero suave, después fuerte, hasta que se rompió. Al final terminé pujando porque faltaba un cachito que se trozó hasta que ya no pude sacarlo. Me lavé las manos como me enseñaron pero no se quitaba toda la popó, así que la embarré en la toalla. Me regaña-

ron porque una niña me acusó. No me dieron galletas. Mugre niña, ahora cuando tardo en el baño, la maestra Rosa entra y me dice “Ya córtale”, pero no hay tijeras cerca y cuando la corto con mis manos me regañan. La otra vez que me dijo eso, le contesté que luego se enoja. Y se enojó. Nada le gusta a esa señora.

Yo creo que cinco cuadritos no alcanzan para nada. Siempre llego con el calzón manchado a mi casa. Le explico a mamá que me dan tres cuadritos para la popó. ¡Tres cuadritos! Ella se ríe, como que no quiere que me dé cuenta, pero se ríe de mí y me dice que mis pompas le dan un besito a mi calzón, como cuando ella me da un beso en la frente y se me queda marcado, luego se pone seria y empieza a decir cómo es posible, esa che vieja, si eres una niña, a ver que ella se limpie con tres cuadros la semejaaaante que se ha de aventar.

A veces hasta me pica la colita. Yō me rasco y sale una costrita que huele feo. Por eso quiero más papel. Apenas alcanza para una limpieza. Y la pipí, ¡ay, no! Con dos cuadritos se mojan los dedos. Pero de eso no se dan cuenta cuando me lavo las manos. Cuando la maestra Rosa hace su carota, no me las lavo y después le digo que la quiero abrazar. Ella cree que la estoy tocando con manos limpias olor tutifruti, pero es con manos olor *tome, señora*.

- x -



IKER COMPEÁN LEROUX

Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana y egresado del Curso de Guión del Centro Capacitación Cinematográfica (CCC), Iker ha sido encargado de videoclub, jardinero, pizzero, publicista, traductor, guionista y profesor, siempre puliendo su oficio como contador de historias por las noches en la Ciudad de México, en cualquier cafetería que cierre después de las once.

EL JOVEN ARTURO SE DISCULPA

Sobre los restos de unos huevos rancheros con frijoles de ciento ochenta pesos, el doctor Miguel Durán explicaba al joven Arturo:

–Tú y yo, Arturo, podemos hacer un bien a México con los pinches gringos. Tenemos la oportunidad de proteger al mercado laboral mexicano, porque, como tú bien sabes, la única manera de lograrlo es garantizando un *fair play* para que la oferta y la demanda se hagan cargo. Yo lo sé, tú lo sabes y hasta los mediocres del partido lo saben, pero, pues cómo vamos a aprobar este trato nosotros y no ellos, pues ¿qué van a ganar, verdad? Por eso nos van a tirar caca hasta por donde no te imaginas, Arturo. Nos van a sumergir en la mierda más grande que hayas imaginado, pero tú y yo sabemos que los mexicanos merecen estos nuevos empleos. Y por eso te digo, si ya estamos haciendo un bien al país, y vamos a pagar un precio político y profesional considerable por hacerlo, ¿por qué no le tomamos la palabra a nuestros *friends* de los U.S. of A. y nos dejamos ayudar?

El joven Arturo dejó su taza de café en la mesa. Empujó su silla, separándose de su plato de chilaquiles con dos huevos estrellados de doscientos veinte pesos. Se puso de pie.

–Si te estoy ofendiendo, Arturo, tampoco hay necesidad de hacer dramita y marcharte –dijo el doctor– hombre, si es tan sólo una propuesta, tampoco significa que yo–

Pero el joven Arturo se retiró.

El joven Arturo entró en el baño de hombres del restaurante El Corregidor y encontró al maestro Carlos Uriarte, viejo amigo del partido, quien lo saludó con un abrazo y un beso en su mejilla.

—¡Licenciado! ¡Pero qué gusto y qué sorpresa, carajo! ¿Cómo estás, papá?

El joven Arturo escuchó al maestro Carlos Uriarte junto a la mesa con periódicos, revistas, sillas forradas en piel y ceniceros de plata que había en el baño de El Corregidor, junto a los escusados, por si hacía falta esperar. Le sostuvo la plática hasta que sacó su celular y, a pesar de que había un escusado disponible frente a él, dijo que tenía una llamada y salió sin despedirse.

—¡A ver cuándo volvemos por esas morras! —le gritó el maestro Carlos Uriarte antes de que la puerta del baño se cerrara.

Con el teléfono pegado a la oreja, el joven Arturo esquivó las mesas de El Corregidor y salió a la calle.

Entró en las hamburguesas gringas de enfrente, su icono dorado en la entrada. El aire acondicionado lo recibió con un abrazo refrescante. Subió corriendo las escaleras. La puerta del baño de hombres estaba cerrada. La entrada del baño de mujeres estaba bloqueada por un señalamiento amarillo. Lo limpiaba una mujer muy vieja con la playera descolorida de un payaso sonriente anunciando dos hamburguesas con doble carne y queso por sólo cuarenta y nueve pesos.

—Estoy limpiando —dijo la mujer cuando el joven Arturo pasó sobre el señalamiento amarillo, pisó la jerga de su trapeador y se cerró en un cubículo, mientras la mujer golpeaba la puerta.

En cuanto el joven Arturo se puso en cuclillas, la caca brillante emergió entre sus nalgas. No necesitó pujar. Ella abandonó el culo del muchacho lentamente, como arma nuclear en desfile soviético, presumiendo su enormidad, magnífica, poderosa, vertical. La temperatura subió rápidamente. El fantasma de los chilaquiles, los huevos, el café (¿y el suadero de anoche?) lo envolvió cual recuerdo

cálido. Como un cocodrilo, la biomasa, café y colosal, penetró las aguas quietas del escusado, poco a poquito, y se sumergió subrepticia. Su extremo opuesto, resbaló, dejando su rebaba en el ano del muchacho, hasta que se desprendió por completo de él.

La mujer lo miraba entre la pared y la puerta del cubículo. Le gritaba que esto era una falta de respeto. Con sus pantalones abajo, el joven Arturo la miró de vuelta. Pujó. Liberó un pedo escandaloso y potente, de Dios enojado. La mujer marchó indignada fuera del baño. A él le dio mucha risa. Después, se limpió y se tomó un momento para apreciar el misterio de sus arrugas anales escritas en color chocolate en ese pergamino en sus manos.

–Joven, al baño de mujeres no se puede entrar –dijo un muchacho con camisa, corbata y gafete, de pie junto a la mujer de la limpienza cuando el joven Arturo salió y pasó frente a ellos esforzándose por no reír.

Salió de las hamburguesas y regresó a El Corregidor, a la mesa del Dr. Durán, quien ahora estaba en una llamada. Lo esperó por más de un rato hasta que colgó.

–Por favor discúlpeme la interrupción, doctor –dijo el joven Arturo–, pero tuve que salir a tomar una llamada. Le ruego que me perdone y continúe, si es tan amable.

Colonia Roma Sur,

Ciudad de México

2 de junio de 2022

12:18 am



- x -



STEFANY GG

Monterrey. Es ingeniera en mecatrónica (UDEM) y astrónoma amateur; lectora voraz, ama contar historias y ahora también las escribe. Actualmente vive bajo el lema “criando y creando.”

VITAL

Otro día más. Aquí me la vivo. No sé si tenga que reevaluar las decisiones de vida que me trajeron aquí. La costumbre ayuda. Es sólo que, a veces, sobre todo cuando me preguntan a qué me dedico, me cuesta decir la verdad. Que me la vivo entre cagada. Sí, Luisa, cagada. No pude decirte eso. Te dejé la imagen de un ingeniero químico respetuoso que trabaja en la industria. Detalles vagos. Fue la primera cita, lo importante es dejar una buena impresión. Los contenedores están llenos, lo usual. Y es evidente. A diario cientos de miles de palancas se estiran una y otra vez para enviar todo tipo de desechos a través de tuberías que desembocan aquí. Una espiral de mierda. Nadie se pone a pensar en eso. En las espirales de mierda, meados, vómito, semen, fluidos vaginales, sangre, saliva. Y mucho más, desechos deshechos tan fácilmente por las coladeras. Los aceites me dan pesadillas. Hay de todo, todo se queda corto. Pero la mierda tiene su encanto particular porque sobresale, predomina. Seguramente no te pones a pensar en eso, Luisa. Yo sí me pongo a pensar en eso, yo tengo que pensar en eso. Porque alguien tiene que encargarse de eso. La modernidad bloquea lo incómodo. Sólo algunos pocos lidiamos con eso. Esto que respiro a diario. Lo más íntimo del ser humano que aspiro en cada partícula volátil flotando entre estos andenes metálicos que inevitablemente entran en mí. Contengo cientos de

miles de personas particuladas hechas mierda en mis pulmones. Ya te respiré seguramente. Ya fuimos uno mucho antes de conocernos. Porque sí, así toda menudita, guapa, arreglada, te has de aventar tus kilos de caca. Me la imagino. No podría no imaginarla. Mira, como, en la alberca. Así le decimos aquí al contenedor principal abierto donde se integra todo para luego dividirlo una y otra vez. Tiene un color muy de mierda. Café potente, como el de en la mañana. Porque aunque contenga todos los colores, es así, café. Un caldo fecal muy marrón. A veces me imagino nadando en él. A veces quisiera aventar a alguna gente en él. Cagada líquida y brillante. Descomposición pura. El paraíso de las bacterias. Como el paraíso que quisiera conocer contigo, Luisa. Sí, quiero verte otra vez. Ya quedamos. Y que te iba a enseñar lo que hago a diario. Te vas a enorgullecer. Tienes que. Esto que hago es bueno. El producto de lo que hago es bueno. Mis decisiones de vida sí han sido buenas. Yo me encargo de todas estas tuberías que separan mierda de otra mierda. Y aquí, al final, al acto de abrir la llave, sale lo que quizás debería gritar con orgullo. Probar el fruto de mi esfuerzo.

—Ah, el agua está fresca.

— x —

MARCOS A. MEDRANO

Estado de México, 1996. Egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México; durante su etapa estudiantil escribió para la Revista Digital Grado Cero, y participó en diferentes programas de televisión (TV UNAM y Justicia TV), ha escrito en distintos libros académicos y publicado un cuento en la revista lee + de librerías Gandhi. Su obra *Los ajados*, fue publicado por MA Porrúa en diciembre del 2021. En 2022 resultó ganador del 53 concurso de la Revista Punto de Partida en la categoría de minificción, con “La masa”.

PLATOS

El desagüe de la tarja es un recto a la inversa donde confluyen los fluidos de un bacanal.

Recibo el turno con una pila de trastes sucios. Los restos de comida sobre los platos son de distintas texturas y consistencias.

Platos: hay una exacta clasificación al marco de las porciones, por ejemplo, los más escasos, intocados. Ni un bocado probado, porque al comensal le dio una diarrea que dejó el escusado como pintura impresionista o se enteró, en la comida, de que iba a ser padre, que al cabo son lo mismo, un mal de estómago y de vida. Estos platos son una bendición, la comida sobrante se echa en una bolsa y el plato llega a mí limpio. Mis manos se han vuelto, aunque no con este tipo de plato, de artesano en este deglutir infernal llamado puesto de lavaplatos, seis horas cuatro veces a la semana, todas las prestaciones de ley, se pagan horas extras por remover frijol con las uñas, hay que pagar la carrera en escultura.

Pero en fin, lo que quiero decir es que hay trastes no tan agradables. Platos removidos de un lado a otro, el mal del mal comer. Sí, aunque suene redundante, porque así son estos platos, repeticiones, la cuchara movida de aquí para allá, al ritmo de unos nervios constantes y circulares que todo lo baten. Imagínense lo que quieran, ensalada con su aderezo y salsa revuelta con trocitos de carne o pes-

cado molido de tanto cucharear. Aún este tipo se salva, es una interrupción, como un beso casi dado, un beso moqueante, pero casi dado, y esa pequeña tentativa es una gran diferencia, consiste al final en tomar esa masa intestinal y lanzarla a una bolsa lejos de mis manos. Manos protegidas.

Luego están el plato a medio comer y el casi terminado. Los justos medios siempre son lo mejor, lo decía Aristóteles: Un plato inacabado, tocado por encima, sólo una porción de comida, manteniendo su casi inamovible orden. La cuchara roza apenas las capas de la sopa, el tenedor, certero, corta una esquina del *rib eye*. Un pinchazo directo a la zanahoria, puntas atravesando la fruta, un sólo toque al helado.

Perfecto. Todo a la basura y manos protegidas otra vez. Amén.

El helado es un buen pie para tocar la más asquerosa categoría.

La categoría más concurrida por los comensales, ansiosos de intercambiar el acomodo en el plato por una suerte de desesperación de dientes, saliva y lengua.

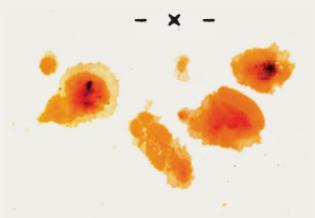
El helado a menudo es tratado con una delicadeza similar a la de una coladera de baño público, hoyo de caño en la gasolinera de una parada camionera, patas de cucaracha de basurero, vello púbico de tugurio en la sopa. Así es la delicadeza de una lengua en la copa.

La escama de la lengua gato difuminando el traslúcido cristal, empañando la porcelana.

El plato limpio es el más asqueroso. No aporta nada al ano triturador de la tarja, a la bolsa negra de los huesos, ese plato que mis manos artesanas friegan de verdad, con el que me acerco realmente al infame comensal. Es esa boca babosa que cumple su efecto, que me alcanza, el no casi, el sí llegó y todo me pasa. La lengua me recorre los dedos lascivamente, redondea mis falanges que acarician en medio del plato, frenéticamente, rozando los labios, besando las lenguas, humillado por el escupitajo que empaña mi cuerpo y me eriza los pelos salpicados en la tarja.

El recto inverso donde se lava, el rito de iniciación de fluidos que santifican mis manos de próximo artista.

A cambio de esta prostitución llamada trabajo de lavaplatos, cuatro veces a la semana, hasta que llegue al puesto de mesero, hasta que llegue al puesto de escultor que quiere hacer platos.





ANDREA ORTIZ MORALES

Guanajuato, 1996. Licenciada en Restauración por la ENCRyM y estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas SUA (UNAM). Miembro del comité editorial de *Página Salmón* desde el 2018. Ha publicado en *Página Salmón*, *Penumbria*, *Plástico*, *Especulativas MX*, *Pensar lo doméstico* y *Cósmica Fanzine*; ha sido incluida en las antologías *Nosotras. Antología de ciencia ficción feminista* (2021) de *Especulativas MX* y en *Hilar la herida. Antología literaria* (2022) editada por Esther M. García.

EN CONTRA DE LA COPA MENSTRUAL

Personas como nosotras causamos las crisis climáticas: retiras la toalla sanitaria, la doblas, la envuelves en papel o en su mismo paquete, la tiras al bote y vuelves a empezar.

No sucumbimos: la copa menstrual no fue lo que nos prometieron las distribuidoras y mis amigas. Hubo cuatro problemas a los cuales nos enfrentamos al cerrar el pacto social del uso de la copa menstrual por voluntad propia: meterla y sacarla; limpiarnos y limpiarla en casa y en espacios públicos; hervirla en la cocina de nuestra madre; y los cólicos como efectos secundarios. Nadie dijo que ser ecológica fuera fácil y práctico.

El primer reto consistió en sacarla sin tener ni una mancha de sangre en los dedos o alrededor de ella. Nunca lo logramos. Mujeres competitivas. Sí, aunque lo afirmes, ¿cómo te atreves a llamarnos mentirosas? Estos accidentes naturales trajeron por consiguiente la necesidad de utilizar montones de agua y tiempo para limpiarnos y limpiar la copa cada vez que la retirábamos y la hervíamos. Las primeras veces que intentamos usarla fueron una tortura. Ahora recordé aquel evento en el baño y me dio mucha vergüenza. “¿No me puedo sacar la copa!, ¿qué tal si la atraigo hacia mí con esta llave?, ¿me meto unas pinzas?” A ese nivel llegó nuestra desesperación. Nos aconsejaron salir a caminar para que se moviera y así pudiera salir

de manera más fluida. Por mucho tiempo intentamos convencernos de que era una reconexión con nuestro cuerpo: meternos los dedos, tomar el borde con las uñas (procuramos tener las uñas largas) y jalar hacia abajo. La verdad es que, así tan pudorosas como siempre fuimos hasta con la ginecóloga, este proceso aparentemente simple marcó un antes y un después en la autoexploración de nuestro cuerpo.

No importa cuánto cuidado nos llevara colocarla, darle la vuelta, sentir el “pop”: siempre habría un testigo a la mañana siguiente en las sábanas y en el colchón. Para personas tan flojas como nosotras... No me interrumpas, deja de negarte. Para personas tan flojas como nosotras, tener que ir al baño en cuanto despertamos a cambiarnos de ropa, bañarnos y lavar la copa es de las actividades más fastidiosas del ciclo menstrual. Y eso no es lo peor, a continuación, deberemos eliminar la mancha y, por ser sangre, habrá dos obstáculos: (1) no puedes dejar pasar muchos días o tu sábana no volverá a estar totalmente limpia; y (2) estará prohibido meterla toda a la lavadora, porque se teñiría. Esto no es un alivio para nosotras, por supuesto, escucho tu suspiro hasta acá. Inmediatamente, tendrás que elegir entre los productos de limpieza más efectivos para eliminarla de la cama. El primero que utilizarás no será jabón, será pasta de dientes (de preferencia de bicarbonato) que depositarás en la mancha y esperarás a que lo absorba. Luego, tallarás con un cepillo y enjuagarás con agua. Puedes incidir con jabón Roma si es necesario. Aunque estas manchas no son culpa directa de la copa, sería más sencillo asumir las consecuencias si optaras por el flujo libre.

Las ciudades no están construidas para las mujeres, mucho menos para el momento en que menstrúan, ¿en qué habrán pensado los arquitectos, urbanistas e ingenieros? Siempre estaré de acuerdo con que, si los hombres menstruaran, habría estrategias en materia de salud, espacios urbanos y domésticos óptimos para la gestión menstrual desde la edad antigua. Imagínate: el sentimentalismo decimonónico habría girado en torno a los días previos a y durante la menstruación.

El viaje de Ulises no será nada comparado con el viaje de una mujer o persona menstruante en sus días a realizar su rutina obligatoria, esto aunado a ¡la incomodidad de tener que lavar una copa menstrual en un baño público!

Equipaje de mano permitido (10 kg máximo, clase turista):

- una botella de agua
- papel higiénico o Kleenex
- un calzón
- una bolsa de plástico
- ibuprofeno, paracetamol, buscapina
- un cartel en la frente que diga: “no molestar”
- un documento firmado por todas tus compañeras de escuela, trabajo o quienes sean las que te rodeen que demande el derecho a días de incapacidad por cólicos menstruales (por si acaso)

Cuando rendí cuentas a nuestra madre conservadora sobre cómo gestionábamos nuestra menstruación, no esperaba una cara de asombro positiva, sino una que oscilara entre la desaprobación, la curiosidad, lo ininteligible y el asco. Me otorgó treinta segundos para reflexionar sobre su rol de madre y nuestro rol de hija no-adolescente y preguntar: “¡Oh! ¿y eso cómo funciona?” Fui muy concreta y reservada en los detalles, por supuesto. Sin embargo, cuando expliqué que debe esterilizarse en una olla pequeña en una estufa de su cocina, su reacción defensiva inmediata fue decir: ¡Pero usa una especial, no las mías! Qué pesadilla, estaremos de acuerdo. Aunque compré una ollita especial en el tianguis, me reiteró que tuviera mucho cuidado para no confundirme; no fuera a ser que llegáramos a tomarnos un té de frutos rojos por accidente.

En fin, dominio de la copa, no lo tuvimos; comodidad, tampoco. Pero fuimos persistentes cuando lo peor estaba por llegar: empezamos a tener cólicos. Nunca habíamos tenido. Primero, cegada como

estaba, quisimos convencernos de que era una mentira; luego, dudo-
sas, nos preguntamos si acaso todas pasan por lo mismo o nuestro
epitafio anunciaría: “Descubridora de los cólicos a los veinte por
meterse una copa de látex en la vagina bajo el argumento de que las
pequeñas acciones ayudarán al medioambiente”.

Bueno, no seamos tan duras con nosotras aún. Siempre estare-
mos juntas en la lucha contra las toallas sanitarias desechables (la
verdadera razón para probar otros productos de gestión menstrual),
japestamos! Por eso, ahora estamos usando toallas de tela. Lo que
vendrá después, no lo sabemos.

- x -



VICENTE SANTANA

Fue, desde hace poco más de veinte años, asistente contable en una dependencia de gobierno. Los recientes recortes al presupuesto le han ofrecido la inevitable oportunidad de reinventarse. Aún no se le ocurre nada. Mientras tanto, escribe de noche y a veces de madrugada hasta que el cuerpo aguante.

CAMA AJENA

La relación era obvia, o al menos eso parecía: una envoltura de jabón “Rosa Venus, el papel encerado aún conservaba ese inconfundible olor a motel barato. Por la parte de adentro, cuidadosamente distribuidas, doce manchas de algo parecido al café formaban una gran plasta, que, en su conjunto, recordaba vagamente el mapa de la Isla Grande. Se rascó el mentón como si quisiera dudar de lo obvio. Se dio cuenta que llevaba días sin rasurarse y la nostalgia que se disparó con el aroma a esos entrañables tugurios le recordó que hacía mucho tiempo que estaba sintiéndose realmente viejo. Otra multitud de pringados, de coloración entre canela vieja y verde vejiga, moteaban la pared y su descarapelado papel tapiz que estaba pronto a ser considerado una antigüedad. Una oleada disímbola de sensaciones se agitó en lo profundo de su memoria, como un carnaval que está por llegar al pueblo. Cerró los ojos queriendo olvidar todo por un momento. Hizo exactamente lo contrario.

“Necesito un minuto”, había dicho velozmente al desaparecer tras la puerta. Ahora, la luz debajo de esta se apaga y escucho el discreto rechinar mientras una sombra se disuelve en la creciente oscuridad. Distingo un aroma familiar, suspiro algo asustado. Unas manchas, húmedas, quizá pegajosas y de color indeterminado, me

acechan entre las sábanas y pelos, ajenos, desconocidos. Esa sensación de nombre extraño, como de trabalenguas, amenaza con aguar la fiesta: ñáñaras. No me gusta no saber. A nadie le gusta ¿cierto?, pero hay momentos en los que uno debe dejarse llevar y disfrutar lo que hay. La idea zen esa, el aquí y el ahora, ¿no? Pero esas manchas no dejan de verme inquisidoras. Y están, además, los pelos. Estoy seguro, casi seguro, que no son humanos. Si son de perro, detesto su aroma, pero si son de gato, son tan finos que terminan en sitios insospechados. Podrían ser algo más, de alguien más ¿Como saberlo? La idea de saber que en unos segundos estaré retozando ahí mismo debería matarme la pasión, pero no. Ni pelos ni manchas ni olores parecen querer detener este impulso tan primitivo. La calentura manda incluso sobre todos esos rastros ajenos. No pienses. Al menos no en eso.

“En fin”, me resigno “¡Que venga lo que dios quiera!”

El tic, tac del reloj en la cocina lo trajo de regreso. “Vamos a ver, el jabón borra las manchas que el pecado de tantos cafetaleros ha traído a la isla, cada gota marca la ubicación aproximada de cada una de las fincas. Claro. Aunque, si esto es un mapa, quizá lo que el jabón borra son las evidencias que están justamente ahí... Quizá debería visitar alguno de esos moteles, solamente para investigar, por supuesto, pensó, mientras una sonrisa se le escapaba divertida. Miró de reojo el reloj. Se agotaba el tiempo. Faltaban unos segundos para las ocho. Ya no podría explicar qué hacía una llave envuelta en el pecaminoso mapa. Ni siquiera improvisar un rápido final. No le importó mucho. Se recostó en el respaldo y se quedó saboreando los lejanos recuerdos con olor a jabón barato.

- x -



EHJ SANTILO

Originario de Acapulco, Guerrero, 30 años, ingeniero en gestión empresarial por el Instituto Tecnológico de Puerto Vallarta, participante en la Primera Antología Poética del blog literario Poesía Nómada. Ávido lector y futuro escritor.

TIENE QUE SALIR

*Tiene que salir
con un licuado de ciruela, va a salir
con tamarindo y con papaya, va a salir
con mucha agua y salvado
y una dieta moderada, esto va a salir.*

~ Liliana Felipe

La bocina de la pinche vecina quiere explotar cuando se acuerda de que debe mantener viva la memoria de Jenny Rivera en la colonia. Por mi parte, atrapada en el baño, estoy condenada a escuchar.

Desde hoy, he prohibido a mis ojos el mirarte de nuevo a la cara, comencé, tengo la certeza de que en algún momento todo terminará, pues todo lo que entra debe salir, y lo repito mientras las paredes parecen encogerse en mi estómago.

Suena el timbre en la puerta. Es una pena, nadie abrirá. El idiota de Lorenzo ya no puede. Además, ¿qué son estas horas de venir a comprar? Estoy ocupada.

¡Todavía no están listos!, respondo, suponiendo que venían a comprar tamales.

El sonido del timbre se diluye opacado por un eco lejano. El panadero con el pan, el panadero con el pan.

Silencio. Mi panza libera un pedo sonoro.

Creo que ya... pero no. Sólo era un pedo atorado.

Llevo mucho tiempo ya aquí, pensando en todo y en nada al mismo tiempo, sólo esperando. Pronto terminará.

La música regresa más cercana, y uno de esos comerciales nos invita a comer por veinte pesos. Lo opaca un vecino adolorido para que Gloria Trevi afirme no querías lastimarme, no querías lastimarme... ¡Me querías matar!

Dudé antes de entrar aquí, no es un hábito común en mí desequilibrar los horarios y actividades rutinarias, pero me dije: ¿Por qué no?, desde hace días ya habías desequilibrado tu rutina. La duda se convirtió en varias mentadas reprimidas por otro retortijón que me aventó contra las paredes y me aprisionó aquí. Sin embargo, una vez iniciando el ritual, la motivación se esfumó como humo de cigarro disuelto en la oscuridad y no la pude atrapar de regreso.

¡Atrapada! ¡Ayuda!, grito cómicamente apretándome la panza.

Ya no te aferres a un imposible, regresa entonando la camioneta del pan; yo pujo y pienso en lo conveniente de la canción mientras culpo a Lorenzo por este maldito dolor que no me deja cagar en paz. El muy puto sigue chingando aún después de muerto. Se siente bien maldecirlo sin miedo o un moretón de por medio. Ahora me puedo dar el tiempo de esta rutina que hoy parece interminable, pero cuando doy un paso fuera del baño, mi estómago se contrae y debo regresar al lugar abandonado. No quería entrar por el escándalo de la colonia. De verdad espero que Coppel reclame pronto alguno de esos malditos aparatos.

El ruido no es un estimulante, pero por la altura de mi casa debo chutarme estas chingas todos los días. Mi ubicación no me permite ignorarlos apropiadamente, y como a veces tienen una selección acertada, incluyo sus ruidos en los huecos de mi ocio.

No olvidaré que estaba a punto de gritar mi rey era un monstruo, cuando se murió. No lo pensé, sólo estaba muy harta de sus

mamadas. Supongo que después de treinta años no quería aguantarlas más, simplemente me harté. Mi cuchillo de cocina favorito fue el arma. Ese objeto de metal oscuro que me gusta pulir cuando lo lavo porque se ve bonito cuando brilla fue el que rebanó su yugular. El filo en su mango diminuto fue del tamaño justo para desinflar su miserable vida. Y una vez que empecé no paré, tenía una nueva tarea y no soy de dejar las cosas a medias.

Mientras mis manos y energía trabajaban en tan sórdida labor, recordé a mi papá y cuando preparaba sus barbacoas. Él mismo mataba a los animales. Primero los despellejaba, pero si eran chivos, el ritual cambiaba, de ellos siempre guardaba la sangre y la usaba para guisarla con los intestinos en otro platillo. Por mi parte, no pensaba recoger la sangre. Miré mi pulcra cocina ahora pintada de escarlata. Lo siento, me dije, la sangre ya la había desperdiciado. Después de eso, papá empezaba a cortar parte a parte, el animal se hacía pequeño, y mientras con una chaira afilaba su ya filoso cuchillo, con la otra mano iba separando grandes trozos de masa roja. Siempre empezaba por las piernas en su unión al cuerpo e iba seccionando a partir de ahí al animal. Mi madre, por su lado, licuaba los ingredientes y, para cuando la carne estaba limpia de sangre, procedía a sazónarla. Mi labor era prender el horno porque en cuanto estuviera la carne cubierta de chile y embalsada en hojas de plátano, sería enterrada en el horno de brasas naranjas. Ocho horas después de ser enterrado el chivo, resucitaba como un succulento cordero.

Estaba a punto de probar tan apetitoso manjar cuando noté que mis manos y mi ropa estaban cubiertas de pedazos gelatinosos de sangre. Regresé en mí y me di cuenta de que, en mi inconsciencia, mi cuerpo había hecho lo que había recordado. Cuando comencé, yo creo que por costumbre, seguí en lo iniciado y unas horas después los tamales ya estaban en la lumbre. Fue un frenesí de adrenalina, quizás, pero en un momento estaba cantando “Castillos” de

Amanda Miguel, y de repente estoy aquí, atorada por la ingestión de carne podrida que mi odio acumuló en el cuerpo de Lorenzo.

Un coche se estaciona frente a mi casa con las ventanas abiertas, al parecer, porque llega su ruido claramente desde la calle y aunque ya no sientas más amor por mí sólo rencor, yo tampoco tengo nada que sentir y eso es peor. Y concluyo la canción afirmando que la costumbre es más fuerte que el amor. Con esa seguridad llenándome, siento cómo se libera mi ano y el pluff del alivio humedece mis nalgas con agua fría.

Una vez terminado, le escupo a los pedazos de mierda que flotan. Se ve todavía un dedo no disuelto por los ácidos del estómago.

Chinga tu madre, pendejo. Ahí nadie te va a encontrar, perro. Ahora, más que nunca, sólo serás mierda.

Le bajo a la palanca.

Al final, tuvo que salir.

El timbre vuelve a sonar.

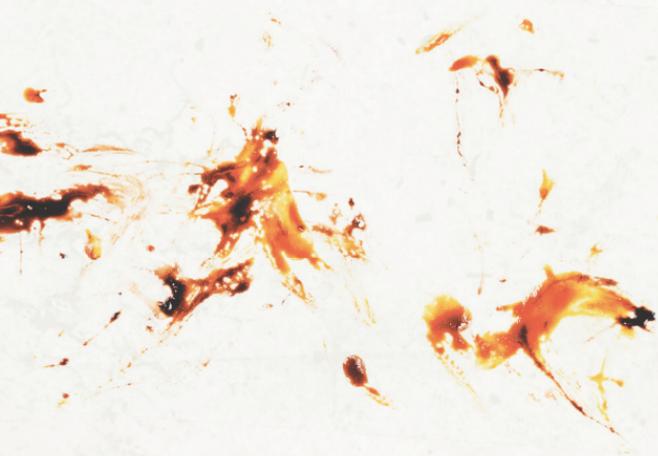
Alguien grita en la puerta: ¡Doña Chayo, don Lore me dijo el domingo que pasara por unos tamales para que cenara, ¿los tiene?

Sí, ya los tengo, respondo sólo porque sí, me encamino a la cocina y guardo seis en una bolsa de papel.

Cuando se los entrego me vuelve a hablar con su voz anhelante: Muchas gracias, y por favor, le da gracias a don Lore, doñita, dice el joven. Se portó chido conmigo ese día. Yo le digo:

— Provechito. Y cierro la puerta.

- x -



ESTA NANARA, TERCERA ANTOLOGÍA DEL TALLER DE
ESCRITURA DE ESCRITORES QUE NADIE LEE, TERMINÓ DE
EDITARSE Y DISEÑARSE POR CÓDEX- LA ÚLTIMA SEMANA DE
NOVIEMBRE DE 2022, CON MESES DE RETRAZO Y EL GUSTO
INTACTO. SE RECOMIENDA CONSERVAR ESTE EJEMPLAR
EN CASO DE QUE SUS AUTORES SE HAGAN FAMOSOS.